

Lo inevitable

Francesco Profilo



Capítulo 1

El Bar Ángel estaba bastante concurrido aquella tarde. Como todos los fines de semana, los trabajadores, los parados y los buscavidas del barrio, acudían al local a desahogar sus penas y a compartir unas horas con sus semejantes. Hacia las cinco y media, dos hombres vestidos con prendas de colores oscuros, entraron en el bar y se acercaron a la barra mientras las miradas de los demás presentes se apartaban de ellos. Uno de los dos hombres, de unos cincuenta años y que aún conservaba una buena presencia a pesar de un rostro marcado por años de uso de sustancias nocivas para el cuerpo y el alma, se dirigió al dueño del bar sin prestar atención a los otros clientes que esperaban su turno para ser atendidos.

—¿Qué te cuentas, Ángel? Bueno, lo de siempre para mi y una cerveza para el chaval— dijo sin esperar la respuesta a su retórica pregunta y apuntando con el pulgar hacia su acompañante, un joven de algo menos de treinta años, con barba de pirata, pelo largo recogido en una coleta y tatuajes que asomaban por el cuello debajo de la chaqueta.

Antonio, el más veterano de los dos, conocido como “Gin tonic” por amigos y fuerzas del orden, puso su vaso que contenía la bebida con la que compartía el apodo en el borde de una mesa de billar libre y le hizo un gesto al otro para que fuera a buscar dos tacos para jugar. El más joven, al que los del barrio solían llamar “Sandokán” aunque en realidad su madre le había puesto de nombre Carmelo, tenía una expresión gris y no paraba de limarse las uñas a mordiscos. El partido de billar y el alcohol tampoco parecían tranquilizarlo demasiado, así que después de unos minutos de silencio y de haber perdido completamente el interés por el juego exclamó:

—Te digo que estamos a punto de hacer una tontería, Antonio. Esto no va a salir bien. No sabemos cuántos hombres hay allí, no sabemos qué es lo que llevan encima y además, te lo vuelvo a repetir; este tema se tendría que haber solucionado de otra manera. El jefe debería entender que a veces en los negocios también se puede perder algo de dinero, ¡coño!.

—¿Pero qué dices, niño? Vamos a ver... Si el jefe nos encarga un trabajo, nosotros lo hacemos sin hacer preguntas y si hay algún problema, lo solucionamos. A mi no me pagan por pensar, chaval, a mi me pagan por actuar. No habría sobrevivido treinta años en este mundo si me hubiese parado a pensar en todo lo que está bien y en lo que no está bien.

Antonio apuró lo que le quedaba del Gin tonic de un trago mientras miraba a su alrededor en el bar como si buscara a alguien.

— Solo digo que lo de hoy puede llegar a ser peligroso si algo se tuerce. Y

que no siempre las cosas se tienen que solucionar así.

— Bueno, entonces mira, ¿sabes lo que vamos a hacer? Ahora mismo le llamas al jefe y le cuentas toda esta mierda que me acabas de contar a mi, le explicas exactamente cómo crees que hay que solucionar sus putos problemas y estoy seguro que él no solo te va a dar la razón, si no que hasta va a dejar que te acuestes con su mujer... ¿No te jode? Acabate esta maldita cerveza que tenemos trabajo. Primero vamos a buscar el material y luego vamos a hacer eso. Dentro de un par de horas quiero estar cenando en mi casa con mi mujer y las niñas y luego quiero sentarme en el maldito sofá con un trago en la mano derecha mientras miro el fútbol sin que nadie me joda. Y ahora dame tu móvil que ya es la hora de irnos.

Carmelo bajó la cabeza con una expresión que exudaba impotencia, sacó su móvil del bolsillo y se lo pasó sin muchas ganas a Antonio que volvió hacia la barra y le entregó los dos móviles al dueño del bar.

— Guardalos allí detrás. Volveremos a por ellos dentro de un rato.

El primero en salir del local fue Antonio. Luego, al cabo de un par de minutos, le tocó a Carmelo. Los dos habían pasado previamente por el baño y luego por la puerta trasera del local, para que nadie pudiera eventualmente declarar haberlos visto salir del bar por la puerta principal. Quince minutos después, estaban estacionados en frente del lugar preestablecido, un chalet a las afueras de la ciudad con tres vehículos de alta gama y matrículas extranjeras aparcados delante de la entrada. Lo que pasó después, fue lo inevitable. Antes que la noticia llegase a la prensa, el único superviviente de aquel infierno sabía que tenía el deber de informar sobre lo ocurrido a la familia de Antonio alias "Gin tonic", un hombre de cincuenta y dos años con decenas de antecedentes penales, que dejaba una mujer y tres hijas. Una familia desafortunada a la que ahora "Sandokán" tenía el deber de cuidar por el resto de su vida.